

4 de septiembre de 1938

## EN EL CENTRO CULTURAL DE SEGURIDAD POPULAR

### «Las razones de nuestra lucha»

#### Conferencia de Mariano Joven

Para ayer, a las cinco de la tarde, estaba anunciada una conferencia de don Carlos Espiá en el Centro Cultural y Recreativo de Seguridad Popular; pero el ex ministro no pudo asistir por obligaciones ineludibles que se le presentaron a última hora, y en su sustitución ocupó la tribuna de dicho Centro su compañero de minoría en el Parlamento de la República, don Mariano Joven, quien improvisó una interesante disertación sobre motivos de nuestra guerra.

El culto diputado de Izquierda Republicana comenzó recordando la pacífica forma con que fué implantada la República, régimen que llegó henchido de generosidad y que no infirió el menor agravio a las derechas españolas, con todo y constarle a los hombres que asumían la responsabilidad del Poder, que aquéllas eran enemigas seculares de las libertades públicas. Pero las gentes de derechas no supieron aprovechar la lección, ni fueron capaces de agradecer el generoso trato que se les daba. En el alma envilecida de aquellas gentes anidaba el prejuicio contra la República y contra todo lo que ésta representaba, y desde el primer momento prepararon el golpe traicionero que esperaban no podría resistir un régimen que acababa de nacer. Hubo primero el hecho político con la jornada del 10 de mayo, que la República resistió con gran fortaleza; después se produjo el hecho clerical con la famosa carta pastoral del cardenal Segura, impertinencia a la que el Gobierno republicano impuso la debida sanción, tan justa, que el mismo Papa tuvo que reconocer la razón que asistía a la autoridad del país; por último, se registró el hecho militar con la sublevación de Sanjurjo, sublevación de gran alcance que fué sofocada en unas horas. Las derechas españolas no se resignaban a acatar una voluntad popular que les había sido adversa y recurrían a todos los procedimientos para imponer su criterio. En cambio, cuando tiempo después las izquierdas perdían las elecciones, gracias a la campaña de difamación mantenida por las derechas, aceptaron el hecho y se inclinaron ante la ley y respetaron la voluntad popular. No apelaron a ninguna violencia y aguardaron a que el mismo pueblo, convencido del engaño que se le había hecho, rectificara sus propios errores. Las izquierdas se dedicaron a reconquistar, dentro de la legalidad más absoluta, la confianza popular, y en esta empresa les dirigía un hombre que era ya garantía de la justicia de su causa: el que es hoy, con el cariño y la consideración de todos, el primer magistrado de la nación, don Manuel Azaña. (Aplausos). Luego, victoriosas de nuevo en las urnas, las izquierdas vuelven a ocupar el Poder, lo que hacen sin precipitación y para realizar una política de concordia. «No venimos contra nadie—decía su manifiesto al país—; no consideraremos enemigos nuestros más que a los que lo sean de la República y de España». Las izquierdas habían, una vez más, olvidado agravios.

Y, sin embargo, se produce la sublevación militar, a la que se suman los grandes terratenientes, las clases ricas y muchos curas que, como el de Zafra, tienen a gala hoy haber asesinado a muchos trabajadores y liberales. ¿Y qué causa defienden esos hombres? Se llaman católicos y han buscado ayuda de un país que es cuna del protestantismo y de otro que sostiene una guerra terrible contra el Papado, destruyen ciudades de tradición católica como Guernica y Durango y lanzan sus bombas contra las catedrales. No son católicos, no pueden serlo quienes hablan siempre de los Mandamientos de la Ley de Dios y cometen crímenes horrendos. Nos llaman rojos y nos acusan de mil patrañas truculentas, pero las matanzas de la plaza de toros de Badajoz no fueron obra de los «rojos»; los crímenes de Galicia no fueron obra de los «rojos»; el ametrallamiento de la carretera de Málaga a Almería, cuando la indeseada población civil de la ciudad evacuada huía con sus modestos enseres y sus pequeñuelos, no fué obra de los «rojos». (Aplausos).

El orador termina diciendo que hemos de sentir el honor de ser espáñoles, porque un día tendrán que mirarnos de rodillas los que hoy nos han abandonado a nuestras propias fuerzas, ya que supimos defender la razón y la justicia cuando sólo imperaba en el mundo la ley del más fuerte y la voluntad del más déspota.

Don Mariano Joven, al terminar su magnífica disertación, fué muy aplaudido y felicitado.

El acto fué presidido por el presidente de la Sección de Cultura y Deportes, señor Pingarrón, que hizo la presentación del conferenciante, y el secretario de la entidad, señor Barrera, que ostentaba la representación del presidente de la misma.